

glón seguido, añade untándolo de boñiga de vaca, regándolo con orina de vaca, etc. Dicta prohibiciones singulares: el hombre no se casará con mujer demasiado velluda, epiléctica, atacada de lepra blanca, hemorroidaria o ¡cuyo nombre sea derivado de una estrella!

Apesar de todo y con sus dislocadas exageraciones, tales ideas fueron el verdadero origen de la higiene actual.

La teoría mazdeana ha sacado una consecuencia singular del dogma de la impureza: todo lo que sale del cuerpo humano es impuro y por consiguiente el parsí evita su propia impureza no tocando el interior de su boca al comer, ni los alimentos — con su mano —. Resultado inesperado de esta creencia es la invención del tenedor que data de fecha tan remota como útil religioso para preservarse de la impureza. Aunque como instrumento de higiene y limpieza no fuera de uso corriente hasta el final del reinado de Luis XIV:

Pero todo tiene su reverso; para los salvajes fidgianos, de Oceanía, tocar un cadáver asado, vuelve tabú, es decir impuro. Por esto, ¡también ellos se sirven de tenedores para comer a sus semejantes!

Un inglés dijo que, salvo las fuerzas de la naturaleza, nada en el mundo hay que no sea de origen helénico.

Y efectivamente, los griegos hacen desaparecer lo sobrena-

tural de la medicina, toda enfermedad, hasta la epilepsia, reconocía para ellos una causa natural. Ellos levantan la teoría de los miasmas, aunque, como los asiáticos, usan abluciones para purificarse.

También usan abluciones los romanos, y los de la secta mahometana, y, todavía persiste la creencia de la purificación por el agua, en algunos pueblos de naciones que marchan a la cabeza de la civilización europea.

Aunque tal materia es interesantísima, antes de que me llaméis el orden, ya corto el discurso, y me dejo de más historias.

Actualmente, la higiene es la doctrina del mantenimiento de la vida y de la salud. Debe evitar la enfermedad y dar al cuerpo y al espíritu el máximo desarrollo normal, para lograr el mayor rendimiento.

Y aclara Proust: Conservar la salud del individuo, preservar la enfermedad y retardar el instante de la muerte, no es sino una parte de lo que debe proponerse el higienista. Su objeto debe ser más elevado y su programa confundirse con el que resume todas las aspiraciones de la humanidad, todas sus tendencias hacia un perfeccionamiento continuo e indefinido y que se formula con una sola palabra: progreso.

Y añade Hericourt: La higiene tan abandonada o tan mal representada en nuestra ense-